

producido. «Encontré en aquel hombre—dice él mismo—no sé qué de elocuente que me cautivó... Hubiera debido mandarle arrestar, pero no lo hice...» Eran el antiguo régimen y la Revolución que acababan de verse frente á frente y ésta dejaba á aquél lleno de estupor.

No eran aún las nueve de la mañana y ya había delante de los Inválidos treinta mil hombres. A la cabeza estaba el procurador de la ciudad, á quien el Comité de los electores no se había atrevido á prohibírsele. También estaban allí algunas compañías de guardias franceses escapadas de su cuartel y los estudiantes de la Basoche, con su viejo hábito rojo, y el cura de Saint-Etienne-du-Mont que, nombrado presidente de la Asamblea reunida en su iglesia, no rechazó el peligroso cargo de conducir á la fuerza armada.

El viejo Sombreuil fué muy hábil. Se presentó en la verja y dijo que efectivamente había allí fusiles, pero que constituían un depósito que le había sido confiado y su delicadeza de militar y de gentilhombre no le permitía entregarlos, faltando á la promesa de su custodia. Este argumento imprevisto detuvo á la multitud; admirable candor del pueblo en la primera edad de la Revolución.—Sombreuil agregó que había enviado un correo á Versalles y que esperaba la respuesta, haciendo grandes protestas de adhesión y amistad al municipio y á la ciudad entera.

Los más querían esperar. Afortunadamente hubo allí un hombre menos escrupuloso (1) que evitó fuese engañada la multitud. No había tiempo que perder y, después de todo, ¿aquellas armas á quién pertenecían sino á la nación?... La multitud saltó los fosos y el hotel fué invadido; en los sótanos se encontraron veintiocho mil fusiles y veinte piezas de cañón.

Esto ocurrió de nueve á once. Corramos á la Bastilla.

El gobernador de Launay estaba sobre las armas desde las dos de la madrugada del día 13. No había olvidado ninguna precaución. Además de los cañones de las torres, tenía los del Arsenal, que puso cargados de metralla. Hizo subir á las torres seis carros de balas, pólvora y municiones para destruir á los asaltantes. En las aspilleras de la parte baja había colocado doce grandes trabucos, cada uno de los cuales arrojaba en cada disparo libra y media de balas. Abajo había colocado sus soldados más seguros, treinta y dos suizos, que no tenían escrúpulo alguno en disparar contra los franceses. Los ochenta y dos inválidos estaban distribuidos en varios sitios, lejos de las puertas, en las torres. Su última precaución fué desalojar las habitaciones avanzadas que cubrían la base de la fortaleza.

El día 13 no ocurrió nada, aparte las injurias dirigidas á la Bastilla por los que por allí pasaban.

El 14, al comenzar la madrugada, sonaron siete disparos hechos por los centinelas de las torres. Hubo alarma. El gobernador subió con el

(1) Uno sólo de los ciudadanos allí reunidos. *Proceso verbal de los electores*, pág. 300.

estado mayor y permaneció en la terraza media hora escuchando los rumores lejanos de la ciudad; por fin, no oyendo nada, bajó á sus habitaciones.

Por la mañana numerosos grupos de gente del pueblo y muchos jóvenes (del Palais-Royal ú otros puntos) se acercan á la Bastilla pidiendo á gritos les sean entregadas las armas. No se les oye. En cambio se deja entrar á una comisión pacífica del Hotel de Ville, que se presenta á las diez rogando al gobernador retire los cañones enfilados sobre París, prometiéndole que si él no tira el pueblo no atacará. No teniendo orden de hacer fuego, el gobernador acepta la proposición y lleno de alegría invita á almorzar á los comisionados.

Cuando salían se presenta un hombre que habla en tono completamente distinto.

Es un hombre violento, audaz, sin respetos humanos, sin temor ni piedad, desconocedor de los obstáculos y las conveniencias, inspirado por el genio colérico de la Revolución... Iba á emplazar la Bastilla. †

El terror entra con él. La Bastilla tiene miedo; el gobernador no sabe por qué, pero se turba, balbucea.

Aquel hombre era Thuriot, una terrible fiera de la raza de Danton; lo encontraremos dos veces, al comienzo y al fin; su palabra es dos veces mortal; mata la Bastilla (1), mata á Robespierre.

No debe pasar el puente, el gobernador se lo prohíbe y Thuriot pasa. Del primer recinto pasa al segundo; nueva prohibición y entra; franquea el segundo foso por el puente levadizo. Y héle ya enfrente de la enorme verja que cierra el tercer recinto, que parecía un abismo monstruoso, cuyas paredes estaban formadas por las ocho torres unidas entre sí. En aquel lado los muros no tenían ni una ventana y en el fondo del abismo estaba el único paseo del prisionero, donde angustiado, perdido en el enorme pozo, oprimido por la mole de piedra, no podía contemplar más que la inexorable desnudez de los muros. En un lado solamente rompía aquella asfixiante monotonía un reloj colocado entre dos cautivos de piedra, como para encadenar el tiempo y hacer más lenta y pesada la sucesión de las horas.

Allí estaban los cañones cargados, la guarnición, el estado mayor.

Nada importa á Thuriot: «Señor—dice al gobernador,—os emplazo en nombre del pueblo, en nombre del honor y de la patria, para que retiréis vuestros cañones y entreguéis la Bastilla.» Y volviéndose á la guarnición repitió las mismas palabras.

Si M. de Launay hubiera sido un verdadero militar, no hubiera introducido de este modo al parlamentario en el mismo corazón de la fortaleza y menos aún le hubiera tolerado dirigirse á la guarnición. Pero es preciso tener en cuenta que los oficiales de la Bastilla lo eran, en su

(1) La mata de dos maneras. Introduce en ella la división, la desmoralización, y cuando fué tomada propone demolerla. Mata á Robespierre negándole la palabra el 9 termidor; Thuriot era entonces presidente de la Convención.

mayor parte, por gracia del jefe de policía; muchos de ellos que no habían servido jamás, lucían en el pecho la cruz de San Luis. Todos, desde el gobernador al último criado, habían comprado sus puestos y sacaban de ellos el partido que podían. El gobernador, además de sus sesenta mil libras de sueldo, sacaba cada año otro tanto de sus rapiñas. A costa de los prisioneros alimentaba su casa, ganaba con el vino (1), con los muebles, con todo. Y ¡hecho impío, bárbaro!, alquiló á un jardinero el jardín de la Bastilla, que era pequeño, y por aquella miserable ganancia privó á los prisioneros del paseo, del aire y de la luz.

Aquel alma rastrea y codiciosa sabía que era conocido, y esto le quitaba todo valor; las terribles *Memorias* de Linguet hicieron á de Launay famoso en toda Europa. La Bastilla era odiada y su gobernador, personalmente, era odiado también. Los furiosos gritos del pueblo, que resonaban allá fuera, creía que eran exclusivamente contra él; estaba lleno de turbación y temor.

Las palabras de Thuriot produjeron diferente efecto en los suizos y en los franceses. Los suizos no las comprendieron, pero el Estado Mayor y los Inválidos se conmovieron; aquellos viejos soldados en trato diario con las gentes del barrio, no tenían ganas de disparar contra sus amigos. La guarnición se divide; ¿qué harán ambos bandos? Si no se ponen de acuerdo ¿querrán luchar entre sí?

El amedrentado gobernador con tono quejumbroso declaró que había llegado á un acuerdo con el municipio y juró é hizo jurar á la guarnición que si no eran atacados no harían un sólo disparo.

Thuriot no se contenta con esto. Quiere subir á las torres, ver si efectivamente han sido retirados los cañones. De Launay, harto arrepentido de haberle dejado entrar, se niega, pero sus oficiales le aconsejan que acepte, hacen presión sobre él y al fin sube con Thuriot.

Los cañones habían sido retirados de las troneras, cubiertos, pero continuaban enfilados. La vista que se ofrecía desde aquella altura de ciento cuarenta piés era inmensa, enloquecedora; las calles y las plazas llenas de gente; todo el jardín del arsenal cubierto por hombres armados... Y he aquí que en el otro lado se ve una masa negra que avanza... Es el pueblo del barrio de San Antonio...

El gobernador palidece. Coge á Thuriot por un brazo: «¿Qué habéis hecho? ¡abusáis del título de parlamentario!; ¡me habéis engañado, traicionado!»

Ambos estaban en el borde del muro y de Launay tenía un centinela en la torre. Todo el mundo en la Bastilla prestaba juramento de obediencia y fidelidad al gobernador; en su fortaleza era el rey y la ley. Podía vengarse...

(1) El gobernador tenía derecho de hacer entrar cien barricas de vino francas de impuesto. Vendía este derecho á una taberna á cambio de vinagre que daba á beber á sus prisioneros y de una gruesa cantidad. Puede verse en el libro *La Bastilla destruida*, la historia de un prisionero rico que de Launay llevaba por las noches á casa de una joven, á quien el gobernador había puesto casa y cuyos gastos hacía pagar al otro.

Pero fué al contrario. Thuriot permaneció sereno y el gobernador tembló de miedo cuando aquél le repuso: «Caballero, una palabra más y os juro que uno de los dos caerá al foso.»

En aquel mismo momento el centinela se acerca tan turbado como el gobernador y, dirigiéndose á Thuriot, exclama: «Por favor, señor, asomáos á las almenas... No hay tiempo que perder; el pueblo avanza... Como no os ven, quieren atacar.» Thuriot se asomó y el pueblo, viéndole vivo, lanzó un inmenso clamoreo de alegría y estalló en ruidosos aplausos.

Thuriot bajó con el gobernador, atravesó de nuevo el tercer recinto y dirigiéndose otra vez á la guarnición, dijo: «Espero que el pueblo no se negará á dar una guardia burguesa que preste servicio en la Bastilla con vosotros.»

El pueblo creía entrar en la Bastilla cuando saliera Thuriot. Como le vió salir y marchar al Hotel de Ville para hacer la misma oferta que había hecho á la guarnición de la Bastilla, le creyó traidor y le amenazó. La impaciencia se convirtió en furor; la multitud se apoderó de tres inválidos y quiso matarlos. Se apoderó de una señorita á quien creyó hija del gobernador y quería quemarla si su padre no se rendía. Pudo ser arrancada de manos del pueblo. «¿Qué será de nosotros si no tomamos la Bastilla antes de la noche?...» El grueso Santerre, un cervecero que el barrio había nombrado comandante, propuso incendiar la plaza arrojando aceite y resina que había preparado la vispera. Mandó buscar las barricas.

Un carretero, que había sido soldado, comenzó bravamente la obra y avanzó con un hacha en la mano, se subió al techo de un pabellón del cuerpo de guardia adosado al primer puente levadizo, y bajo una lluvia de balas trabaja tranquilamente golpe á golpe, destroza los maderos donde afianzaban las cadenas, y el puente se abre, cae. La multitud se lanza y penetra en el primer recinto. Desde las torres y las aspilleras bajas hacen un fuego nutrido y el pueblo cae á montones, sin que la guarnición recibiera daño alguno. De todos los disparos que el pueblo hizo, sólo dos tiros penetraron; uno sólo de los sitiados quedó muerto.

El comité de los electores, que comenzó á ver llegar los heridos al Hotel de Ville, y que deploraba la efusión de sangre, hubiera querido detener el ataque. No había para esto más que un medio. Apoderarse de la Bastilla en nombre de la ciudad y hacer entrar en ella la guardia burguesa. El preboste vacilaba demasiado; Fauchet insistía; otros electores hicieron presión también. Fueron como diputados del Municipio, pero entre el fuego y el humo no fueron vistos; nadie se fijó en ellos. Ni la Bastilla ni el pueblo cesaron de tirar. Los diputados corrieron grandísimo peligro.

Una segunda comisión, con el procurador de la ciudad á la cabeza, llevando al lado un tambor y una bandera, apareció en la plaza. Los soldados, que estaban en las torres, arbolaron una bandera blanca y sus-

pendieron el fuego. El pueblo cesó de tirar, y siguiendo á los diputados, penetró en el recinto. Una furiosa descarga de la Bastilla tendió muchos hombres en tierra, al lado mismo de los diputados. Probablemente los suizos que estaban abajo con de Launay no se enteraron de las señales que habían hecho los inválidos en las torres (1).

La rabia del pueblo no tuvo límites entonces. Desde por la mañana se decía que el gobernador había facilitado engañosamente la entrada del pueblo en el primer recinto para fusilarlo á mansalva; se creyeron dos veces engañados y resolvieron perecer ó vengarse de los traidores. A los que aconsejaban prudencia les respondían: «Nuestros cadáveres servirán al menos para llenar los fosos.» Y se lanzaban obstinadamente sin desanimarse jamás contra la fusilería, contra aquellas torres asesinas, creyendo que á fuerza de morir podrían destruirlas.

Pero entonces, y cada vez más, gran número de hombres generosos que no habían tomado parte en la lucha, se indignaron de aquella pelea tan desigual, que era un asesinato cometido á mansalva, y todos se pusieron de parte del pueblo. Fueron á buscar los comandantes nombrados por la ciudad y les obligaron á entregar cinco cañones. Se formaron dos columnas: de obreros y burgueses una, y la otra de guardias franceses. La primera nombró jefe á un joven de estatura y fuerza heroicas, á Hulin, relojero de Ginebra, que había abandonado su oficio para ser criado y cazador del marqués de Conflans; el vestido del cazador fué tomado, sin duda, por un uniforme; las libreas de la servidumbre guiaron al pueblo al combate de la libertad. El jefe de la otra columna fué Elie, un afortunado oficial del regimiento de la reina que, estando vestido de paisano, se puso su brillante uniforme, señalándose bravamente, en medio de la multitud, á los suyos y al enemigo. Entre sus soldados había uno admirable por su valentía, juventud y pureza, una de las glorias de Francia, Marceau, que se contentó con combatir y no reclamó nada en los honores de la victoria.

Cuando llegaron estas dos columnas el pueblo había conseguido poco. Se había logrado con tres carros de paja hacer arder los pabellones y las cocinas, pero no se sabía qué más hacer ni cómo hacerlo. La desesperación del pueblo recaía en el Hôtel de Ville. Se acusaba al preboste á los electores y les pedían con amenaza ordenasen el sitio de la Bastilla. Jamás se les pudo arrancar la orden. Diversos medios raros y extraños eran propuestos á los electores para tomar la fortaleza. Un carpintero aconsejaba una obra de madera, una catapultea romana para lanzar piedras contra los muros. Los comandantes de la ciudad decían que era preciso hacer el sitio en regla y abrir una mina. Durante estos largos y vanos discursos se lee una carta que Besenval escribía á de Launay y que fué interceptada, en la que le recomendaba que se defendiera hasta el último extremo.

(1) Esta es la única manera de conciliar las declaraciones, opuestas en apariencia, de los sitiados y la diputación.

Para calcular el valor del tiempo en esta crisis suprema, para explicar el terror de la tardanza, conviene saber que cada momento circulaba una nueva falsa alarma. Se suponía que la corte, á dos horas de distancia, estaba enterada del ataque á la Bastilla comenzado al medio día y se preparaba á lanzar sobre París sus suizos y sus alemanes. Los de la Escuela Militar ¿pasarían el día con los brazos cruzados? No era verosímil. La poca confianza que Besenval tenía en sus tropas era ó parecía una excusa. Los suizos se mostraban firmes y fieles en la Bastilla, haciendo una carnicería. Los dragones alemanes habían hecho muchas descargas el día 12 y matado algunos guardias franceses. Estos, á su vez, habían matado algunos dragones. El odio de cuerpo aseguraba la fidelidad.

El barrio Saint-Honoré se despoblaba creyéndose atacado de un momento á otro. La Ciudadela estaba en el mismo peligro y efectivamente fué ocupada por un regimiento, pero demasiado tarde.

Toda lentitud parecía al pueblo traición. Las tergiversaciones del preboste le hacían sospechoso, y del mismo modo acontecía á los electores. La multitud, indignada, comprendió que perdía el tiempo con ellos. Un viejo grita: «Amigos, ¿qué hacemos entre estos traidores? ¡Vámonos todos á la Bastilla!» La indicación fué atendida por todos. Los electores, estupefactos, se encuentran solos... Uno de ellos sale y vuelve pálido, con el rostro de un espectro: «Si permanecéis aquí no os quedan más que diez minutos de vida... En la plaza ruge la multitud rabiosa... Ya suben...» No intentaron huir y esto les salvó.

Todo el furor del pueblo se concentra contra el preboste. Los enviados de los distritos se presentan uno tras otro, arrojándole su traición á la cara. Algunos de los electores, viéndose comprometidos delante del pueblo por su imprudencia y sus mentiras, se vuelven contra él y le acusan. Otros, el buen viejo Dussaulx (el traductor de Juvenal) y el intrépido Fauchet, intentaron defenderle, salvarle la vida, inocente ó culpable. Obligado por el pueblo, pasa del despacho en que estaba á la gran sala de San Juan, sus amparadores lo rodean y Fauchet se sienta á su lado. Las huellas de la muerte se marcaban ya en su rostro, dice Dussaulx. Rodeado de papeles, de cartas, de gentes que iban á hablarle, en medio del vocerío, de los gritos de muerte, se esforzaba para responder á todos con afabilidad. Los del Palais-Royal y los del distrito de Saint-Roch, eran los que más furiosos estaban. Fauchet corrió allí á pedir gracia, conmiseración. El distrito estaba reunido en Asamblea en la iglesia de San Roque y dos veces Fauchet subió al púlpito, rogando, llorando, con las palabras más ardientes que su gran corazón podía inspirarle; su ropa, acribillada á balazos en la Bastilla, era elocuente también; rogaba por el pueblo mismo, por el honor de aquel gran día, para dejar puro y sin mancha el triunfo de la libertad.

El preboste y los electores permanecían en la sala de San Juan entre la vida y la muerte. «Cuanto estaban allí—dice Dussaulx—parecían